

La emergencia de un gigante

Michel Husson

China no es sólo una inmensa fábrica de camisetas. Es también una sociedad en plena mutación que agrupa a 1.300 millones de habitantes, cerca de un quinto de la población mundial. Su tamaño hace tanto más espectaculares sus éxitos económicos: en las últimas dos décadas, su PIB ha aumentado un 9,5% de media anual y se ha multiplicado por 6. La economía china representa hoy día el 12% de la economía mundial. En los últimos años, ha contribuido en un tercio al crecimiento de la economía mundial y de la demanda de petróleo. Las exportaciones chinas han subido considerablemente, pasando de 63 a 762 miles de millones de dólares entre 1990 y 2005. La cuota de mercado chino ha pasado de 1,8% a 7%. Entre 2003 y 2006, China ha recibido el 7% de la inversión internacional. Pero el PIB *per capita* sigue siendo muy bajo (4.000 dólares anuales a igual poder adquisitivo, contra 25.000 en Francia).

La irrupción en la escena mundial de un país dirigido por un Partido Comunista, que juega con habilidad la carta de la mundialización liberal, desborda las categorías clásicas. Este ensamblaje inédito se encuentra también en su estructura económica, donde "conviven" varios sectores y que ha evolucionado según un doble movimiento de liberalización y de apertura a los capitales.

Liberalización y apertura

Primero fueron las pequeñas empresas industriales de ciudades y pueblos que se desarrollaron rápidamente durante los años 1980. Siguen llamándose colectivas, pero de hecho se trata de empresas mixtas, algunas de régimen cooperativo, gestionadas en todo caso, y cada vez más, según normas privadas. En los años 1990 tuvo lugar la emergencia de un nuevo tipo de empresas con una primera fase de inversión extranjera procedente sobre todo de la "diáspora": Taiwan, Hong Kong, Macao, etc. Por fin, después de la crisis financiera de 1997, tomó el relevo la inversión de los grandes países industriales, con una aportación masiva de capitales que superó los 50 mil millones de dólares en 2003.

Este doble movimiento de liberalización interna y de apertura al mercado mundial vino acompañado de una serie de reformas. Una primera ley autorizó a los particulares a participar en sociedades de responsabilidad limitada. En 2004 fue reformada la Constitución para reforzar el papel del sector no estatal y reafirmar el derecho a la propiedad privada. En 2005 fue abolida la prohibición a las empresas privadas para intervenir en determinados sectores (infraestructuras, servicios públicos, servicios financieros). La inversión directa extranjera fue autorizada y estimulada con la apertura de zonas francas costeras y la reducción de

derechos aduaneros. Se desmanteló el monopolio del Estado sobre el comercio exterior, así como el sistema de tipos de cambio múltiples. El siguiente paso fue la adhesión de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC).

El sector privado se ha extendido: supone hoy día más de la mitad del PIB y tres cuartos de las exportaciones. Es quien crea la mayor parte de los nuevos empleos y obtiene la mejor rentabilidad (15% en 2003, contra el 5 -10% en el sector estatal). Dentro de este sector privado, las empresas extranjeras -asociadas a veces en *joint ventures* con empresas chinas- realizan una buena parte de las exportaciones. Pero las exportaciones del sector privado bajo control chino progresan aún más rápido, conforme se les otorgan nuevas licencias de exportación. Paralelamente, el sector estatal está sometido a reestructuraciones permanentes, que han llevado a la supresión de 45 millones de puestos de trabajo en los últimos cinco años. Pero el 35% de las empresas estatales son consideradas todavía no rentables, y una de cada seis tiene pérdidas. Todas estas transformaciones se han producido en un contexto de gran crecimiento y con una espectacular acumulación de capital: la inversión representa hoy día el 43% del PIB, contra un 20% en Francia y un 15% en América Latina.

La política industrial

China no sólo ha aumentado de forma considerable el volumen de sus exportaciones, también ha conseguido especializarse en bienes de alta tecnología *"que normalmente no se habría esperado ver producidos, y aún menos exportados, por un país pobre y abundante en trabajo como China"*. Rodrick (2006) muestra que su grado de especialización es comparable al de países con renta *per capita* tres veces superior. Las razones de este éxito son otros tantos desmentidos a los preceptos neo-liberales. No es el fruto del libre juego del mercado sino, todo lo contrario, de una política industrial que se apoya en las empresas de Estado y recurre de forma muy controlada a la inversión extranjera. Esta política ha consistido sobre todo en sacar partido del acceso al mercado chino a cambio de transferencias de tecnología y en obligar a los inversores extranjeros a asociarse con capitales chinos. Hoy día son excepción las empresas de capital extranjero al 100% y las más importantes son *joint ventures* que asocian a compañías extranjeras con compañías chinas, pertenecientes en su mayor parte al sector estatal. *"Sin el apoyo del Estado, destaca Rodrick, nunca habría surgido una sociedad como Lenovo"* (que ha comprado la división PC de IBM). Las políticas que consisten en exigir una participación local suelen ser presentadas como ineficaces, pero China ofrece un *"contundente ejemplo contrario"*. Esta política industrial ha permitido paliar las flaquezas del mercado subvencionando la inversión en sectores que las libres fuerzas del mercado de forma espontánea no habrían elegido.

La entrada en la OMC ha sido la conclusión de una estrategia controlada que ha sido resumido de esta manera en un estudio dedicado a la industria automovilística en India y China: *"En la década anterior a la entrada en la OMC, los dos*

países impusieron normas de participación local con el fin de estimular los equipamientos chinos y de maximizar las ventajas obtenidas de la inversión internacional. Dichas políticas no siempre son eficaces, pero en este caso [China] la 'industria naciente' se ha podido desarrollar sin que tras la entrada en la OMC los grupos automovilísticos internacionales muestren ninguna propensión a apartarse de los proveedores locales".

Este modo de inserción de China en el mercado mundial le ha permitido obtener notables resultados. Su participación en el mercado mundial ha pasado de 8% a 11,4% entre 1993 y 2004 y ha progresado aún más en bienes de equipo (de 1,7% a 11,5%). Pero el modelo es frágil, por no hablar de sus efectos sociales y medioambientales. La Cepii cita sin embargo cifras menos favorables: la participación local en las exportaciones de productos de ensamblaje se habría estancado, desde 2001, en torno al 33% (Gauillier et al., 2006). Y aunque el crecimiento chino viene acompañado de una integración forzada de las economías de la región, Asia sigue siendo *"dependiente de mercados exteriores a la zona"*. Al contrario de lo que podría esperarse de un país en vías de industrialización, los términos del intercambio están muy degradados (-28% entre 1998 y 2004), lo que quiere decir que los precios aumentan más en la importación que en la exportación. La razón es que China está *"muy especializada en la exportación de productos de la gama de precios bajos"*. Este fenómeno remite también a precios de transferencia artificialmente bajos por parte de las empresas extranjeras, que les permiten localizar la ganancia fuera de China.

La inserción de China en la economía mundial es compleja y sigue siendo frágil. Los capitales provienen en su mayor parte (en un 60%) de Asia (35% de Hong Kong, 9% de Japon y 7% de Corea) y de forma secundaria de los Estados Unidos (8%) y Europa (8%). Según Aglietta y Landry (2007), un *"40% de las exportaciones de China proceden de empresas chinas, 20% de joint ventures con empresas extranjeras, 40% de empresas de capital extranjero al 100%", y "menos del 10% de los bienes de exportación made in China están etiquetados bajo una marca de fabricación china"*.

Salarios y desigualdades

Es importante conocer la evolución de los salarios, pero sólo se dispone de informaciones imprecisas y a menudo discordantes. La participación de los salarios varió poco entre 1978 y 1998, pero después cayó. Habría perdido entre 12 puntos (Hsieh, Qian 2006) y 20 puntos (Aglietta y Landry 2007), entre 1998 y 2005. Se sabe que hay enormes desigualdades entre regiones, sobre todo entre las ciudades y el campo: la renta media en Shanghai es cuatro veces superior a la media del país. Un estudio hecho para el Banco Mundial (Chen, Ravallion 2003) muestra que, dos años después de la entrada de China en la OMC, la renta de los hogares rurales había bajado una media del 0,7%, con una caída del 6% para los más pobres, mientras que el 90% de los hogares urbanos se beneficiaban de un aumento en su renta.

Aglietta y Landry destacan las consecuencias sobre el crecimiento del mercado interior de un reparto muy desigual de las rentas. *"Sólo 40 millones de hogares disponen de una renta anual superior a 5.000 euros, umbral a partir del cual se desarrolla el consumo de otros bienes distintos a los productos básicos"*, de forma que *"la gran mayoría de la población no puede seguir la rueda de esa franja de algunas decenas de millones de asalariados que tienen acceso a los bienes de consumo de los países desarrollados"*. Hay que añadir el muy elevado nivel de la tasa de inversión y de la tasa de ahorro, que en gran parte es un ahorro de precaución, porque sólo 20 millones de personas tienen acceso a la protección social.

Para comprender la macroeconomía tan particular de China, se presenta de manera sintética el cuadro 1. Las principales características son las siguientes: una tasa muy baja de consumo privado (42%), una tasa de inversión muy elevada (43%), una tasa de exportación también muy elevada (31%) pero un saldo comercial reducido por el recurso a las importaciones (29%).

Cuadro 1. La composición de la demanda en China	
Consumo privado	42 %
Consumo público	13 %
Inversión	43 %
Exportaciones	31 %
Importaciones	29 %

2003. En % del PIB. Fuente: Blanchard Giavazzi, 2005.

La participación del consumo privado sólo representa el 37% del PIB en 2006, frente al 46% en 2000 (Aziz, Cui 2007). Este brutal descenso, que no ha impedido un aumento del consumo aunque menor que el del PIB (alrededor de un 5,5% al año, contra el 9,5%), se explica por el aumento de la inversión (del 35% al 43% del PIB) y de las exportaciones netas (del 2% al 8% del PIB). Pese a todo, el crecimiento afecta al conjunto de las rentas, de manera caótica, produciéndose a la vez un ahondamiento de las desigualdades y un retroceso de la pobreza absoluta (Chen, Ravallion 2004).

Un progreso más acompasado de los salarios respecto a la producción permitiría recentrar el crecimiento en el mercado interior, relativizar el peso de las exportaciones y de la inversión extranjera, y emprender un proceso de convergencia de los costes salariales hacia las normas mundiales. Es un poco lo que ha ocurrido en Corea del Sur, a otra escala y mediando unas luchas sociales muy violentas. Aunque esta evolución parece ineluctable, y también parece haber sido ya iniciada recientemente, está frenada por la presencia de una abundante reserva de mano de obra: *"La penuria de mano de obra en China no está a la vuelta de la esquina"* (Lemoine 2006). Se estima la tasa de paro en las zonas urbanas en un 8% y en 200 millones las personas subempleadas en el campo. Este *"ejército industrial de reserva"* engendra un gran éxodo rural y a su vez influye en el progreso de los salarios, que

sigue siendo inferior al del PIB. El crecimiento es en todo caso poco generador de empleo: entre 1992 y 2006, el PIB ha crecido cerca del 10% anual, pero los efectivos empleados sólo han aumentado un 1% anual (Aziz, Cui 2007).

Un informe oficial acaba de hacer sonar la voz de alarma, al señalar que la oferta de mano de obra a bajos salarios podría comenzar a rarificarse después de 2010. La reserva de trabajadores disponibles de menos de 40 años, estimada hasta ahora entre 100 y 150 millones de trabajadores, sólo llegaría a 52 millones, y China estaría *"pasando de la era del excedente de mano de obra a la de penuria"* (Fangchao 2007). Estas proyecciones tal vez son exageradamente alarmistas, pero la inquietud está reflejando el efecto retardado de la política de hijo único, que debería conducir en las próximas décadas a un envejecimiento acelerado de la población china. En 2030, se espera que un cuarto de la población china tenga más de 65 años: es el resultado paradójico de una brutal política de control de los nacimientos. Pero el sistema público de jubilaciones sólo cubre el 14% de la población activa, lo que contribuye a explicar el tan elevado nivel de la tasa de ahorro. Desde su reforma en 1997, consiste en el pago de una pensión básica a tipo uniforme y de una pensión proporcional a las cotizaciones, indexada con el tipo de depósito bancario. El gobierno querría transformar esta segunda pensión en cuentas individuales de jubilación por medio de capitalización, y en varias provincias ya ha sido lanzada una reforma experimental de este tipo. La cuestión de las pensiones, junto con la de los salarios, contribuye a la profunda inestabilidad de la situación social.

Los desastres ambientales

El crecimiento chino representa una verdadera catástrofe ecológica. Veinte de las treinta ciudades más contaminadas del mundo se encuentran en China, las lluvias ácidas caen sobre un tercio del territorio, las aguas contaminadas matan cada año a más de 30.000 niños: podrían multiplicarse los ejemplos de los daños de un crecimiento caótico. Sin embargo, China es también uno de los países del mundo que más ha reducido su intensidad energética, o lo que es lo mismo, su consumo de energía por unidad producida (cuadro 2). Su intensidad energética se sitúa hoy en la media mundial. Pero después de la mejora constatada en las últimas dos décadas, el consumo de energía se ha puesto a crecer desde 2002 más rápido que el PIB (Allaire 2005). En todo caso, el consumo de energía total continúa aumentando y ejerciendo una presión al alza sobre los costes mundiales del petróleo.

El gobierno invierte sumas considerables en el medio ambiente, abriendo así un enorme mercado potencial a las empresas extranjeras. Pero no consigue controlar las prácticas desastrosas de las empresas, sobre todo en algunas provincias, preocupadas sólo por su cifra de negocios. La cuestión clave está en saber si el gobierno será capaz o no de imponer a las empresas un crecimiento más respetuoso con el medio ambiente y de llevar a cabo las políticas adecuadas en materia energética. Por su tamaño y su crecimiento, en China se está jugando en buena medida el medio ambiente planetario.

Cuadro 2. Intensidad energética

	1990	2004	variación (%)
Estados Unidos	11,9	9,4	-21,0
Europa	8,7	7,3	-15,9
Japón	6,4	6,7	+ 4,5
OCDE	9,8	8,4	-14,4
Brasil	5,7	6,3	-10,9
China	13,5	7,7	-42,8
Corea del Sur	11,5	12,6	+ 9,6
India	4,7	4,1	-12,0
Oriente Medio	13,8	14,5	+ 5,4
Rusia	17,4	15,8	- 9,3
Mundo	10,1	8,2	-19,5

En millones de Btu. por dólar de PIB (paridad de poder de compra en 2000).
Fuente: Energy Information Administration (2007).

Pero es importante también relacionar las amenazas ambientales con el modo de crecimiento económico de China. Dos economistas (Wang, Watson 2007) han planteado esta cuestión legítima: *"Una parte del crecimiento chino corresponde a la demanda por parte de los países industrializados de mercancías producidas a bajos precios en los países en desarrollo. Sin esta demanda, China no se habría desarrollado tan rápido y sus emisiones no habrían aumentado de forma tan brutal. En estas condiciones, ¿hay que imputar la responsabilidad de las emisiones a los países productores o a los países consumidores?"*. Haciendo cálculos, concluyen que en 2004 las exportaciones netas de China representan el 2% de su PIB, pero el 23% de sus emisiones totales de CO². Estas cifras confirman que la cuestión ambiental no puede ser tratada país a país sino que requiere una reorganización de la producción a escala mundial. Demuestran que la cuestión social (recentrarse en las necesidades sociales) y la cuestión ecológica (un desarrollo más ahorrador) están ligadas entre sí, tanto en China como en el resto del mundo.

¿Adónde va China?

Todos, incluido el gobierno chino, están de acuerdo en decir que el modelo de crecimiento no se puede prolongar indefinidamente. La solución a los desequilibrios internos y externos parece evidente: recentrar el crecimiento en torno al consumo interior y no a la inversión y las exportaciones. Algunos analistas piensan que el ciclo económico conducirá espontáneamente a dicho reequilibrio: el alto crecimiento acabará por hacer aumentar el coste del capital y de la mano de obra, reducir los beneficios y ralentizar la inversión. Pero este argumento no se plenamente aplicable a China, vista la naturaleza tan particular de su economía. Como lo explican Ja-

hangir Aziz y Steven Dunaway (2007), *"los mercados no están desarrollados y los precios no reflejan en verdad las condiciones subyacentes de la oferta y la demanda en los principales mercados"*, porque están *"influidos, en diversos grados, por el Estado"*. No tenemos por qué compartir esta fé en los mecanismos de mercado, pero la constatación confirma el papel específico del Estado en el modelo chino. Y señala su responsabilidad particular en el reequilibrio del modelo. Muchos comentaristas insisten en las *"distorsiones financieras"* y en la necesidad de reformar el sistema bancario, que sería responsable de una tendencia a la sobreacumulación. Otros (Prasad, Rajan 2006) destacan la amplitud de la tarea de *"dar mayores pasos en la vía de la reforma"*. La mayor parte de estos análisis se basan en una incomprensión de la lógica de la economía china y de las razones mismas de su éxito. Postulan *"reformas"* para hacer de China un capitalismo como los otros y acceder así a un modo de crecimiento más equilibrado. Bastaría en suma con dejar funcionar libremente los precios y los indicadores de rentabilidad. Pero desviarse por esta vía llevaría justamente a dismantelar la base de los éxitos de China. Al mismo tiempo, un país tan inmenso como China no puede funcionar largo tiempo con el mismo modo de crecimiento.

Todo dependerá sin duda de la velocidad relativa de varios fenómenos. Dentro del campo de las grandes potencias, las lágrimas de cocodrilo sobre los derechos sociales menospreciados se pueden transformar en medidas de represalia, más o menos belicosas. Pero ese campo está dividido. Para algunos, la competencia china representa una amenaza mortal que se extiende a sectores de alta tecnología. Para otros, China presenta una doble ventaja: ofrece salidas, en uno de los pocos grandes mercados interiores en expansión, y es también proveedora de bienes de consumo a bajo precio, que permiten hacer bajar el valor de la fuerza de trabajo. Digamos de paso que esta característica -ya analizada por Marx en *El Capital*- reduce a nada el argumento de los abogados de la mundialización, según el cual las importaciones de bajo precio provenientes de China beneficiarían a los consumidores. Permiten reducir el valor de la fuerza de trabajo, o lo que es lo mismo, facilitar la congelación de los salarios. Los intereses capitalistas en el Norte no son homogéneos. Pero si se prolonga la evolución actual, es probable que las ventajas pasen poco a poco a un segundo plano respecto a los inconvenientes competitivos. Veríamos desencadenarse entonces la agresividad de los países ricos, con una nueva extensión de medidas proteccionistas parecidas a las cuotas europeas y la continua exigencia de una revaluación del yuan, todo envuelto en una retórica sobre los derechos humanos y la protección del empleo.

Son los asalariados y los campesinos chinos quienes tienen la clave de la evolución futura. Y no se trata de retórica. Si a pesar del aparato represivo del Partido y del sindicato único (la clásica correa de transmisión) llegan a organizarse y a imponer un nuevo reparto de las rentas y un control sobre las prioridades de la economía, se habrá dado un gran paso adelante. Es lo mismo que decir que el modelo chino tiene necesidad de alguna forma de dictadura para imponer un gra-

do de desigualdades que muy pocas democracias podrían legitimar. La reorientación hacia un crecimiento más igualitario y autocentrado no es sólo una cuestión económica: es incompatible con esta especie de "capitalismo burocrático de Estado" que es la China actual, que ha logrado combinar los rasgos más detestables del capitalismo salvaje con un "comunismo" totalmente degenerado. Los aspectos internos y externos de esta gran cuestión están relacionados: una ralentización desatada de los mercados chinos produciría un efecto de retorno y contribuiría a la explosión de una crisis social que China difícilmente podría evitar.

Michel Husson es economista. Trabaja en el Institut de recherches économiques et sociales (IRES). Es miembro de la Fundación Copernic y del Consejo científico de ATTAC. Acaba de publicar *Un pur capitalisme*, Éditions Page Deux, Lausana 2008. El texto que publicamos es el capítulo 3º de este libro. Se pueden consultar sus escritos (algunos traducidos al español) en <http://hussonet.fr>.

Traducción: *Alberto Nadal*

Bibliografía citada

- Aglietta M. y Landry Y. (2007), *La Chine vers la superpuissance*, Economica.
- Allaire J. (2005), *L'intensité énergétique de la croissance chinoise*, Lepii.
http://upmf-grenoble.fr/iepe/textes/JA_coll-Rennesdec2005.pdf.
- Aziz J., y Cui L. (2007), "Explaining China's Low Consumption: The Neglected Role of Household Income", *IMF Working Paper* nº 181, <http://www.imf.org/external/pubs/ft/wp/2007/wp07181.pdf>.
- Aziz J. y Dunaway S. (2007), "Le rééquilibrage de l'économie chinoise", *Finances et développement*, septiembre, <http://tinyurl.com/aziz2007>.
- Blanchard O.J. y Giavazzi F. (2005), "Rebalancing Growth in China: A Three-handed Approach", CEPR, *Discussion paper* nº 5043, diciembre, <http://gesd.free.fr/cepr5403.pdf>.
- Chen S. y Ravallion M. (2003), *Household Welfare Impacts of China's Accession to the World Trade Organization*, The World Bank, mayo, <http://tinyurl.com/chenrava>.
- Energy Information Administration (2007), *International Energy Outlook*, <http://tinyurl.com/EIA2007>.
- Fangchao L. (2007), "Nation may face labor shortage", *China Daily*, 12 de mayo, <http://hussonet.free.fr/chilabsh.pdf>.
- Gaulier et al. (2006), "Chine: le prix de la compétitivité", *La lettre du Cepii* nº 254, marzo, <http://www.cepii.fr/francgraph/publications/lettre/pdf/2006/let254.pdf>.
- Hsiet C.-T. y Qian Y. (2006), "The Return to Capital in China", *Brookings Papers on Economic Activity*, septiembre, <http://gesd.free.fr/hqchina.pdf>.
- Lemoine F. (2006), "La pénurie de main-d'œuvre en Chine n'est pas pour tout de suite", *La lettre du Cepii*, nº 259, septiembre, <http://tinyurl.com/lemoine6>.
- Prasad E.S. y Rajan R.G. (2006), "Modernizing China's Growth Paradigm", *IMF Policy Discussion Paper* nº 3, <http://tinyurl.com/prasad6>.
- Rodrik D. (2006) What's So Special About China's Exports? *Harvard University*, Enero, <http://hussonet.free.fr/exporodc.pdf>.
- Wang T. y Watson J. (2007), "Who Owns China's Carbon Emissions?", Tyndall Centre for Climate Change Research, *Briefing Note* nº 23, octubre, <http://tinyurl.com/wangwats>.